

JESÚS

AMIGO DE LA MUJER



JOSÉ ANTONIO PAGOLA



AMIGO DE LA MUJER

Buena parte de los pobres que rodeaban a Jesús eran mujeres; privadas del apoyo de un varón, ellas eran sin duda las más vulnerables. Por otra parte, ser mujer en aquella sociedad patriarcal significaba estar destinada a vivir en un estado de inferioridad y sumisión a los varones. ¿Es esto lo que quiere ese Dios compasivo del que habla Jesús? ¿No podrán conocer ellas una vida más digna en el reino de Dios? ¿Cómo las ve y las siente Jesús?

Lo primero que sorprende es verlo rodeado de tantas mujeres: amigas entrañables como María, oriunda de Magdala; las hermanas Marta y María, vecinas de Betania, a las que tanto quería; mujeres enfermas como la hemorroísa o paganas como la siro-fenicia; prostitutas despreciadas por todos o seguidoras fieles, como Salomé y otras muchas que le acompañaron hasta Jerusalén y no le abandonaron ni en el momento de su ejecución. De ningún profeta de Israel se dice algo parecido. ¿Qué encontraban estas mujeres en Jesús? ¿Qué las atraía tanto? ¿Cómo se atrevieron a acercarse a él para escuchar su mensaje? ¿Por qué se aventuraron algunas a abandonar su hogar y subir con él a Jerusalén, provocando seguramente el escándalo de algunos?¹

¹ Para aproximarnos a la actuación de Jesús ante las mujeres, hemos de tener en cuenta tres factores: todas las fuentes que poseemos sobre Jesús están escritas por varones, que, como es natural, reflejan la experiencia y actitud masculinas, no lo que sintieron y vivieron las mujeres en torno a él; estos escritores emplean un lenguaje genérico y sexista que «oculta» la presencia de las mujeres: los «niños» que abraza Jesús son niños y niñas, los «discípulos» que le siguen son discípulos y discípulas; en tercer lugar, a lo largo de veinte siglos, los comentaristas y exegetas de los evangelios han impuesto una lectura tradicional masculina.

La condición de la mujer judía

Jesús nació en una sociedad en cuya conciencia colectiva estaban grabados algunos estereotipos sobre la mujer, transmitidos durante siglos. Mientras crecía, Jesús los pudo ir percibiendo en su propia familia, entre sus amigos y en la convivencia diaria.

Según un viejo relato, Dios había creado a la mujer solo para proporcionarle una «ayuda adecuada» al varón. Ese era su destino. Sin embargo, lejos de ser una ayuda, fue ella precisamente la que le dio a comer del fruto prohibido, provocando la expulsión de ambos del paraíso². Este relato, transmitido de generación en generación, fue desarrollando en el pueblo judío una visión negativa de la mujer como fuente siempre peligrosa de tentación y de pecado. La actitud más sabia era acercarse a ella con mucha cautela y mantenerla siempre sometida³. Es lo que se le enseñó a Jesús desde niño.

Había también otra idea incontestable en aquella sociedad patriarcal dominada y controlada por los varones: la mujer es «propiedad» del varón. Primero pertenece a su padre; al casarse pasa a ser propiedad de su esposo; si queda viuda, pertenece a sus hijos o vuelve a su padre y hermanos. Es impensable una mujer con autonomía. El decálogo santo del Sinaí la consideraba una propiedad más del patrón de la casa: «No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo»⁴. La función social de la mujer estaba bien definida: tener hijos y servir fielmente al varón.

El control sobre la mujer estaba fuertemente condicionado por las reglas de pureza sexual⁵. La mujer era ritualmente impura durante su menstruación y como consecuencia del

² Génesis 2,4-3,24. Este relato fue escrito hacia el siglo IX a. C.

³ La literatura sapiencial judía exhorta repetidamente a los varones a no fiarse de la mujer y a tenerla siempre bajo control (Eclesiástico 25,13-26,18; 42,9-14; Proverbios 5,1-23; 9,13-18).

⁴ Éxodo 20,17.

⁵ Levítico 15,19-30.

parto. Nadie debía acercarse a la mujer impura. Las personas y los objetos que tocaba quedaban contaminados. Esta era, probablemente, la principal razón por la que las mujeres eran excluidas del sacerdocio, de la participación plena en el culto y del acceso a las áreas más sagradas del templo. La mujer era fuente de impureza. A Jesús se lo advirtieron sin duda desde pequeño.

Esta visión negativa de la mujer no perdió fuerza a lo largo de los siglos. En tiempos de Jesús, por lo que podemos saber, era tal vez más negativa y severa⁶. La mujer no solo es considerada fuente de tentación y ocasión de pecado. Es, además, frívola, sensual, perezosa, chismosa y desordenada. Según el escritor judío Filón de Alejandría, contemporáneo de Jesús, mientras el varón se guía por la razón, la mujer se deja llevar por la sensualidad. Probablemente Flavio Josefo resume bien el sentir más generalizado en tiempos de Jesús: «Según la Torá, la mujer es inferior al varón en todo»⁷.

Por otra parte, la mujer era considerada como un ser vulnerable al que los hombres han de proteger de la agresión sexual de otros varones. Por eso se la retenía recluida en el hogar y retirada de la esfera de la vida pública. Los varones cuidaban del honor de la casa y lo defendían públicamente; las mujeres tenían que cuidar de su propia reputación y no avergonzar a la familia con una actuación deshonrosa. Lo más seguro era encerrarlas en casa para que guardaran mejor su honor sexual. Todos podían así vivir más tranquilos en las aldeas.

Al casarse, la mujer salía de su propia familia y pasaba, muchas veces sin ser consultada, de la autoridad del padre a la de su marido. En adelante, toda su vida transcurriría a su servicio: por eso lo llamaba *ba'alí*, «mi señor». Sus deberes eran siempre los mismos: moler el trigo, cocer el pan, cocinar, tejer, hilar, lavar el rostro, las manos y los pies de su hombre.

⁶ La literatura rabínica es, por lo general, muy negativa respecto a la mujer. Pero, al ser de fecha posterior incierta, no nos permite remontarnos con seguridad hasta los tiempos de Jesús.

⁷ Flavio Josefo, *Contra Apión* II, 201.

Naturalmente, su principal cometido consistía en satisfacerlo sexualmente y darle hijos varones para asegurar la subsistencia de la familia. Sin embargo, parece que la influencia de la mujer era grande dentro de la familia: muchos hombres las respetaban y ensalzaban como madres de sus hijos. Ellas eran, seguramente, las que cuidaban el clima familiar y religioso dentro de la casa⁸.

Fuera del hogar, las mujeres no «existían». No podían alejarse de la casa sin ir acompañadas por un varón y sin ocultar su rostro con un velo. No les estaba permitido hablar en público con ningún varón. Debían permanecer retiradas y calladas. No tenían los derechos de que gozaban los varones. No podían tomar parte en banquetes. Excepto en casos muy precisos, su testimonio no era aceptado como válido, al menos como el de los varones. En realidad no tenían sitio en la vida social. El comportamiento de mujeres que se alejan de la casa y andan solas, sin la vigilancia de un hombre, tomando parte en comidas o actividades reservadas a los varones, era considerado como una conducta desviada, propia de mujeres que descuidan su reputación y su honor sexual. Jesús lo sabía cuando las aceptaba en su entorno.

También la vida religiosa, controlada por los varones, colocaba a la mujer en una condición de inferioridad. Solo en la celebración doméstica tenía alguna participación significativa, pues era la encargada de encender las velas, pronunciar ciertas oraciones y cuidar algunos detalles rituales en la fiesta del sábado. Por lo demás, su presencia era del todo secundaria. Las mujeres estaban separadas de los hombres tanto en el templo como, probablemente, en la sinagoga. Las normas de pureza, interpretadas de manera rígida, solo les permitían el acceso al atrio de los paganos y de las mujeres, no más allá.

⁸ En la literatura rabínica posterior a Jesús se pueden leer textos muy elogiosos: «Para el que pierde a su mujer, el mundo se hace más tétrico» (Rabí Alexandrai); «El que no tiene esposa, no conoce lo bueno, vive sin ayuda, sin alegría, sin bendición...» (Rabí Jacob).

En realidad, el verdadero «protagonista» de la religión judía era el varón: no hemos de olvidar que la circuncisión era el rito que constituía a alguien como miembro del pueblo de la Alianza. La mujer no tiene la misma dignidad que el varón ante la ley. De hecho, estaba sometida a todas las prohibiciones lo mismo que el varón, pero no se contaba con ella como sujeto activo de la vida religiosa del pueblo: no tenían obligación de recitar diariamente el *Shemá*, confesión oficial de la fe de Israel; tampoco estaban obligadas a subir en peregrinación a Jerusalén en las fiestas de Pascua, Pentecostés o las Tiendas. No era necesaria su presencia. Bastaban los hombres en todo lo referente a la relación con Dios: todo estaba dirigido por los sacerdotes del templo y los escribas de la ley. Por tanto, no era necesario iniciar a las mujeres en la Torá: no estaban obligadas al estudio de la ley, ni los escribas las aceptaban como discípulas. Sorprende la dureza de ciertos dichos rabínicos que, aun siendo de fecha posterior a Jesús, pueden sugerir algo de lo que se vivía también en sus tiempos: «Quien enseña a su hija la Torá, le enseña el libertinaje, pues hará mal uso de lo aprendido»; «Antes sean quemadas las palabras de la Torá que confiadas a una mujer»⁹.

De esta manera, las mujeres judías, sin verdadera autonomía, siervas de su propio esposo, recluidas en el interior de la casa, sospechosas de impureza ritual, discriminadas religiosa y jurídicamente, constituían un sector profundamente marginado en la sociedad judía¹⁰. Es significativa la oración que recomienda Rabí Yehudá para ser recitada diariamente por los varones: «Bendito seas, Señor, porque no me has creado pagano ni me has hecho mujer ni ignorante». Pero, ¿era esto realmente lo que quería Dios? ¿Qué pensaba el profeta que

⁹ Hay, sin embargo, dichos que animan a los padres a enseñar la Torá también a las hijas.

¹⁰ Hay indicios para sospechar que, en los pueblos pequeños de Galilea, las costumbres eran menos estrictas que lo que se puede deducir de los textos rabínicos. Las mujeres salían más libremente de casa, acompañaban a los hombres y a los niños en trabajos del campo y no siempre se cubrían el rostro con el velo (Witherington III, Elisabeth Meier).

anunciaba su amor compasivo? ¿Qué podían esperar las mujeres con la llegada del reino de Dios?

Amigo de las últimas

Las mujeres que se acercaron a Jesús pertenecían, por lo general, al entorno más bajo de aquella sociedad. Bastantes eran enfermas curadas por Jesús, como María de Magdala¹¹. Probablemente se movían en su entorno mujeres no vinculadas a ningún varón: viudas indefensas, esposas repudiadas y, en general, mujeres solas, sin recursos, poco respetadas y de no muy buena fama. Había también algunas prostitutas, consideradas por todos como la peor fuente de impureza y contaminación. Jesús las acogía a todas¹².

Estas mujeres están entre los pecadores e indeseables que se sientan a comer con él. Aquella mesa no es la «mesa santa» en la que comen los «varones de santidad» de la comunidad de Qumrán, excluyendo a toda mujer. No es tampoco la «mesa pura» de los sectores fariseos más radicales, que toman sus alimentos observando la pureza ritual de los sacerdotes¹³. Para Jesús, sin embargo, estas comidas son precisamente símbolo y anticipación del reino de Dios. Junto a él se puede ver ya cómo los «últimos» del pueblo santo y las «últimas» de aquella sociedad patriarcal son los «primeros» y las «primeras» en entrar al reino de Dios¹⁴.

¹¹ Lucas 8,2.

¹² Lucas nos dice que acompañaban a Jesús «Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que le servían con sus bienes» (8,3). Es difícil imaginar esta especie de ricas matronas viajando por Galilea y sosteniendo económicamente al grupo. Más de uno sospecha que este dato, aportado solo por Lucas, es probablemente una creación de este evangelista que anticipa la conversión de esas «mujeres distinguidas» de las que hablará en Hechos de los Apóstoles 17,4-12 (Schüssler Fiorenza, Fitzmyer, Schweizer, Corley; en contra Meier).

¹³ No se sabe si entre los fariseos se admitía a las mujeres en las comidas importantes de carácter festivo.

¹⁴ Los evangelistas hablan de «pecadores», pero detrás de ese lenguaje sexista hemos de ver también a «pecadoras».

**ESTIMADOS CATEQUISTAS
DE LA ARQUIDIÓCESIS DE MORELIA:**

“Nuevos catequistas para una nueva evangelización” ha sido el lema de nuestro encuentro diocesano. En él queremos resaltar el protagonismo que tiene el catequista para renovar la catequesis conforme a lo que nos pide la Nueva Evangelización: de carácter iniciático, capaz de llevar al catequizando a un verdadero encuentro con Cristo mediante el conocimiento de las verdades de fe, la vida litúrgica y moral, el caminar en la comunidad cristiana, la oración y la misión.

En nuestra realidad diocesana, el grueso de los catequistas está conformado por mujeres madres de familia. Por eso, mediante este subsidio catequético queremos resaltar la dignidad con la que nuestro Señor Jesucristo trató a la mujer. Esperamos que, tanto para mujeres como para hombres, sea de mucho crecimiento y liberación de aquello que nos impide crecer como personas y como sociedad.

Pbro. Lic. Otoniel Ochoa Nieto
Coordinador diocesano de la Dimensión de catequesis

